

Capilla de SEUT — 17 de octubre, 2007

Predicación por Dionisio Byler, sobre Jer 31,27-34; Sal 119,97-104; 2 Ti 3,14-4,5; Lc 18,1-8.

Un pacto nuevo, grabado en los corazones

Jeremías 31,27-34

Jeremías, igual que su contemporáneo Ezequiel, parece estar convencido aquí de que no sólo Judá sino también Israel tendrán una segunda oportunidad a pesar de la destrucción de ambos reinos por ejércitos paganos. Es una fe y convicción interesante, aunque desde luego muy arriesgada. Para cuando vive Jeremías, tiene que haber quedado claro que Israel, destruida su ciudad capital Samaria y exiliada una parte importante de su población, no había sabido conservar sus antiguas tradiciones yahvistas. Israel había desaparecido de la historia para siempre. Dispersada en el exilio por los asirios en el siglo VIII a.C., nunca se volvió a saber nada de las tribus del norte, salvo en el papel de samaritanos despreciados por los judíos auténticos. Bueno, esto no es del todo cierto aunque sí lo es en general: parece ser que los levitas del norte emigraron a Judá y allí contribuyeron a revitalizar la fe en los siglos previos a la destrucción de Jerusalén.

Quizá no sea del todo baladí señalar, además, que el libro de Hechos hace especial hincapié en que Samaria es la primera región fuera de Judea donde se predicó el evangelio después de Pentecostés. Lucas parece querer hacernos ver que las promesas de Dios de restaurar a Israel —que no so solamente a Judá— hallaron oportunamente su cumplimiento.

Entre tanto, no sorprende demasiado la desaparición de las tribus del norte. El grueso de la población del reino de Israel nunca parece haber mantenido un culto exclusivamente yahvista sino que desde siempre cultivó una amalgama o síntesis creativa de la religión cananea y las tradiciones revolucionarias hebreas. Por una parte la inestabilidad dinástica que sufrió constantemente el reino de Israel, da fe de que se mantenía más viva que en Judá la tradición que venía de los tiempos de Moisés y Josué y los jueces, donde se esperaba que contra la opresión y la tiranía, Dios levantara líderes carismáticos, mezcla de caudillo guerrillero y profeta extático, que protagonizaran alzamientos populares de las masas oprimidas, en el nombre del Dios libertador de los esclavos de Faraón. Pero por otra parte también está claro que se conservaron vivas en Israel (mucho más que en Judá) las tradiciones baalistas y el concepto de Dios como Señor y dueño; y a la vez como esposo celoso —es decir en ambos sentidos como *baal*— tal como vienen a describirlo las profecías de Oseas.

Esto nos trae al contraste interesante entre la frase del Jeremías 31,32: «cuando yo hice de *baal* para ellos» [refiriéndose a cuando el Señor los sacó de Egipto]; y la promesa del versículo siguiente (Jer 31,33): «y seré para ellos por *Elohim* y ellos serán pa-

ra mí por pueblo». La sutileza y riqueza del texto hebreo viene de que el sentido más normal de este verbo, *baal*, es el de casarse, ser o actuar como esposo... y también ser o actuar como señor feudal o como soberano. Curiosamente, las traducciones al castellano parecen dividirse entre los que ponen que Dios había sido un esposo para Israel y los que ponen que había sido su Señor. Pero también, si prestamos atención, es posible que tengamos aquí ecos de una polémica bíblica mucho más de fondo contra los baales.

En ese sentido, Jeremías quizás quiera poner en tela de juicio la propia concepción de Dios como *baal* (es decir Señor soberano y a la vez esposo celoso) —que tal vez venía siendo la manera habitual de entender a Dios desde los tiempos de Moisés y la liberación de Egipto. Concebir de Dios como *baal* podía —por lo visto— admitir la conservación del espíritu revolucionario antimonárquico en Israel, pero también podía admitir el sincretismo con la religión cananea. Quizá Jeremías está profetizando, entonces, el fin del uso del término *baal* para referirse a Dios, por todos los equívocos que ese término puede provocar. Jeremías prefiere el término *Elohim*. La tradición judía acabaría optando por el término *Adonai*, que en sustitución de la pronunciación del Nombre Sagrado, viene a significar *el Señor* o mejor, *mi Señor*. Pero sería en todo caso un señorío que ya no ve a Dios como el dios de la tormenta y de las guerras, ni tampoco como marido celoso protagonista de un machismo violento.

Curiosamente, el propio Jeremías había ensayado en el capítulo 3 una versión de esa idea del pueblo de Dios como esposa infiel que merece un severo castigo de violencia machista. Pero desde luego, en los versículos que tenemos ante nosotros hoy, Jeremías ha cambiado sensiblemente el tono y el espíritu de la profecía. La sincera devoción a Dios se escribirá ahora en los corazones. Ya no se grabará más en tablas de piedra ni tampoco —podríamos añadir— figurativamente en cicatrices grabadas en la espalda de la esposa de un divino marido celoso.

En lugar de violencia machista, tenemos —en Jeremías 31,34— la promesa del perdón y de no acordarse nunca más de los pecados cometidos.

Ahora quiero seguir el hilo de nuestras otras lecturas de hoy para prestar especial atención a lo que significa que el pacto de Dios con su pueblo esté grabado en la mente y el corazón.

Pasemos primero al Salmo (Sal 119,97-104). Jeremías había anunciado otro pacto, pero nuestro salmo de hoy celebra con devoción y amor las palabras del pacto de toda la vida, las palabras de la Ley de Moisés. Leído después de nuestro pasaje de Jeremías —así como con toda seguridad fue escrito después de que se escribiera Jeremías— nos sirve de corrección a la tendencia a imaginar que el nuevo pacto tenga contenidos diferentes a los contenidos del antiguo. El Salmo 119 nos recuerda que los mandamientos son los mismos de siempre. Bien es cierto que ahora —y de esto da fe con entusiasmo el Salmo 119— estos mandamientos están escritos en los corazones y ya

no en tablas de piedra. ¿Qué viene a celebrar Salmo 119 entero —que no solamente los siete versículos de nuestra lectura de hoy— si no el gozo de poder meditar y recordar la Palabra del Señor en todo momento y en cualquier lugar, porque ha calado hasta lo más profundo de nuestro corazón y nuestra memoria? Recordemos que en la Biblia el corazón no es el lugar de las emociones sino del raciocinio, la inteligencia y —en este caso— la memoria, la intención y la voluntad.

Así el Salmo 119 viene a corregir lo que podría ser una falsa impresión. El pacto grabado en nuestros corazones tiene el mismo perfil que el pacto de Sinaí. Jesús lo resumió admirablemente, aunque en este resumen ni fue ni pretendió ser original. Para él, todo viene a resumirse en: Amar a Dios con todo el ser y todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo. No hacen falta otros conceptos diferentes, entonces. Lo que hace falta es interiorizar estos conceptos de siempre —y vivirlos.

En nuestra lectura de Pablo (2 Ti 3,14-4,5), observo la importancia de la instrucción de las personas desde pequeños sobre la base de las Sagradas Escrituras. Situándome, como me situó, en la tradición anabaptista, insistiré siempre en que la decisión de seguir a Cristo tiene que ser personal y no es en ningún caso transferible a los padres. Pero es imposible negar el efecto positivo de educar a las personas desde que son niños en los conceptos y los preceptos de la Palabra de Dios. Tanto Pablo mismo como Timoteo, tuvieron que adoptar como suya propia la fe de sus padres (o de su madre y abuela, en el caso de Timoteo), pero a ambos les aprovechó enormemente la instrucción que recibieron, forjándose en ellos desde su más tierna infancia las virtudes positivas y el carácter propio de una persona que ama la Palabra y que por tanto ama también al dador e inspirador de la Palabra.

Esto también nos es útil para corregir una falsa impresión que nos podemos llevar de nuestro texto de Jeremías. Jeremías parecía indicar que ya no sería necesaria ningún tipo de instrucción, porque todos conocerían a Dios sin que hiciera falta ningún tipo de anuncio, evangelización, enseñanza ni instrucción. Quizá eso sea realmente lo que Jeremías quiso decir: lo que él pensó que sucedería. La experiencia posterior nos confirmaría, sin embargo, que el conocimiento de Dios tiene que ser personal e interior, sí; que la experiencia de conocer a Dios es insustituible, esencial y necesaria; pero que no está en absoluto reñida con la instrucción —incluso desde pequeños— sino más bien todo lo contrario. La instrucción, el anuncio, la evangelización y la lectura de la Biblia suele preparar los corazones para un encuentro profundo, íntimo y personal con Dios.

Me hago, por consiguiente, la reflexión de que no podemos callar lo que hemos aprendido, experimentado y vivido. No podemos guardarnos en silencio nuestro conocimiento de Dios. Pablo exhorta a Timoteo a ejercer su ministerio como anunciador y maestro de la Palabra recibida. Le exhorta a dedicarse a ello incluso aunque a veces parezca que no es el momento adecuado para ello (2 Ti 4,2). Y nosotros debemos tomarnos esa urgencia apostólica como acicate a no sólo perseverar en la Pa-

labra sino a anunciarla y dedicarnos el ministerio de una enseñanza pura y sana, basada en las Sagradas Escrituras. Esto es válido en todo tipo de contexto eclesial; pero también es quizá especialmente válido en un Seminario Evangélico de Teología.

Con nuestra parábola de Jesús narrada por Lucas (Lc 18,1-8), parecemos haber cambiado marcadamente de tema. No hay nada aquí sobre ningún pacto —ni viejo ni nuevo ni grabado en la mente y el corazón. No hay nada sobre el valor de las Sagradas Escrituras, sino que la cuestión es que seamos constantes y persistentes en la oración.

Pero el efecto de leer esta parábola a la vez que nuestros otros textos de hoy, es que nos lleva a observar que la fe y confianza necesarias para «orar siempre y no desmayar» exige que sepamos cómo es Dios. Exige que estemos familiarizados con su disposición favorable hacia la humanidad en general y hacia su pueblo que le adora en particular. Exige que sepamos que es un Dios que promete y luego cumple lo prometido; y que sus promesas son de bendición, provisión y protección. Esto es algo que todos aprendemos personalmente en el largo peregrinar de nuestra vida en relación con Dios. Pero es algo que también aprendemos —quizá primero, antes que en la experiencia propia— del conocimiento de las Escrituras.

Vistas así las cosas, la pregunta final de Jesús en nuestra lectura de Lucas —«Sólo que cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará *pistis* en la tierra?»— tiene una urgencia especial. La palabra griega *pistis* se puede traducir indistintamente como *fe* y también como *fidelidad*. Se me ocurre que ambas cosas, la *fe* y la *fidelidad* se nutren y fortalecen con el conocimiento de las Escrituras. Y muy especialmente cuando encomendamos porciones de las Escrituras a la memoria, para meditarlas, repetir las y aferrarnos a ellas en momentos oportunos, cuando el propio Espíritu Santo nos las trae a la memoria. Esta «Ley» grabada en la mente y el corazón es esencial para que no nos desanimemos cuando parece que la respuesta a nuestras oraciones se demora, y para que tampoco nos desanimemos de ser fieles y consecuentes con la instrucción divina cuando el diablo nos tienta o cuando parece que los resultados son negativos.

Dios responderá a nuestras oraciones. Al contrario del juez injusto, responderá oportunamente, sin demoras caprichosas, porque Dios es justo y está, además, siempre atento a nuestro clamor. Pero en tanto que obtengamos la respuesta a nuestras oraciones, nada mejor que aferrarse a las promesas y la instrucción bíblica que hemos aprendido de memoria y atesorado en el corazón, para que nunca falte la *pistis* —la fe y la fidelidad— en esta tierra.

- Oración de gratitud a Dios por su Palabra.
- Escuchar comentarios u observaciones adicionales.